

Alice Kellen

Las alas de Sophie



ENERO

—

ÁMSTERDAM, 2017

Somos los últimos clientes que quedan en el restaurante. Simon tiene los ojos vidriosos por culpa de la botella vacía de vino que está a su derecha y yo aún saboreo el regusto dulce en los labios. Su pierna roza la mía por debajo del mantel de cuadros. Me estremezco con cierto regocijo, porque me gusta que después de nueve años juntos aún siga despertándome un delicioso cosquilleo. Él sonríe sin dejar de mirarme.

—Deberíamos irnos ya.

—Sí, antes de que nos echen.

—Aunque me siento tan llena que no sé si voy a conseguir levantarme de la silla. Quizá tengas que ayudarme, Simon. Y puede que ni por esas. ¿Tienes el número de los bomberos a mano? Será lo más rápido.

Se echa a reír y levanta el brazo para pedir la cuenta. Nos atienden enseguida, deseosos de que nos larguemos. Cuando salimos todavía me siento como si estuviese flotando en una nube y no quiero bajar; estoy bien aquí arriba, soñando despierta y mecida por el vino y la lasaña que he pedido para cenar.

—Te brillan los ojos —dice Simon.

—A ti también —contesto riendo.

Las tardes en invierno son tan cortas que ya ha anochecido y las luces de la ciudad parpadean en la oscuridad. Apenas unas

semanas atrás, todo Ámsterdam estaba lleno de adornos navideños, espumillones brillantes, Sinterklaas en tamaño real por las esquinas y escaparates tan maravillosos que casi daba pena pensar en desmontarlos. Ahora que las fiestas han quedado atrás, lo único que permanece intacto es la densa nieve que se amontona sobre los tejados de los edificios, las aceras, las farolas y cualquier superficie que encuentra a su paso. Los copos siguen cayendo silenciosos y sin descanso, pero en este momento no me importa en absoluto y giro sobre mí misma mirando al cielo oscuro.

—Ven. —Simon tira de mí y me abraza—. Estás preciosa esta noche, Sophie.

—Tú siempre me ves con buenos ojos.

—Lo digo en serio. Si no te conociese y te viese por primera vez aquí, en medio de la calle, buscaría la manera de hablar contigo.

—¿Y qué me dirías?

—Ni idea. ¿Estás perdida?

—¿Bromeas? Tengo GPS en el móvil.

Simon permanece pensativo mientras echamos a andar y subimos por un puente. Vivimos en un laberinto de canales concéntricos que se cruzan, en una ciudad hecha de piedra, madera, agua y vidrio. La luna distorsionada se refleja en el canal donde se mecen un par de barcas y yo me abrocho el último botón del abrigo con los dedos entumecidos.

—Entonces te diría directamente que me gustas.

—¿Te das cuenta de lo perturbador que sería que un tío al que no conozco de nada me entrase así en la calle? Creo que huiría de ti. O correría a la comisaría de policía más cercana. Créeme, no es la mejor manera de ligar. Piensa algo distinto, Simon.

Me coge de la mano mientras recorremos la calle. No hay demasiada gente alrededor y es una noche tranquila de finales

de enero. Pasamos por delante de un local abierto que huele a *pizzas* recién horneadas. Simon sigue intentando que se le ocurra algo bueno, pero no está siendo su mejor día. Jugamos a menudo a imaginar otras posibilidades y nos preguntamos cosas que no han ocurrido. Es una vieja costumbre. «¿Qué harías si mañana te despertases y estuvieses en el cuerpo de otra persona?». «¿Cómo crees que sería tu vida si no nos hubiésemos conocido?». «¿Qué superpoder elegirías?». «¿Dónde crees que estaremos dentro de cincuenta años?». Y no respondemos lo primero que se nos pasa por la cabeza, sino que podemos estar horas divagando. Lo llamamos «Imagina que».

—Te preguntaría la hora.

—Vale, aunque pensaría que eres un poco raro por no llevar un móvil encima.

—Después de preguntártela, te miraría con esta cara. —Simon deja de andar y me coge del codo para obligarme a ver su expresión seductora—. Y entonces añadiría que me he quedado sin batería. Puede que dijese algo así como «soy un maldito desastre, perdona».

—Mmm, eso habría captado mi interés, pero...

—La palabra «desastre» te habría hecho dudar, lo sé.

Cualquiera que me conozca sabe que soy una persona extremadamente organizada. Trato mi agenda como si fuese una biblia, tengo un calendario lleno de colorines donde lo apunto todo a pesar de que también lo hago en las notas del teléfono y, además, las listas son mi pequeña adicción. Listas de todo. De la compra. De sueños. De planes futuros. De cosas negativas que dejar atrás. De ideas. De trabajo. Lo que sea. Siento un placer profundo al enumerar las cosas y tacharlas después. Y también cuando todo está en orden a mi alrededor.

—Aun así, es la mejor opción hasta ahora.

—Podría arreglarlo diciéndote que no suelo ser así habitualmente, pero que llevo un día terrible. Quizá tu habrías sido

tan amable como para preocuparte por mí y con la excusa empezaríamos a hablar —concluye con satisfacción.

Nos olvidamos del asunto cuando llegamos al portal. Saco las llaves del bolso y las encajo en la cerradura. Después, a oscuras porque hace dos días se fundió la bombilla del rellano, subimos las viejas escaleras que crujen a cada paso que damos. El edificio donde vivimos está en el corazón de la ciudad. Lo alquilamos hace dos años a un buen precio y lo consideré mi hogar desde el primer día que puse un pie en él. Es un apartamento antiguo, con los techos altos, las paredes recubiertas de papel pintado y los suelos de parqué con algunos restos de la antigua moqueta que alguien decidió arrancar, pero tiene alma. Eso es lo que siempre le digo a mi madre cuando me pregunta si no estaríamos más cómodos en otro sitio más amplio. Y sí, es pequeño, pero más que suficiente para nosotros dos. No sé qué haremos en el futuro, de momento seguimos enamorados del incómodo sofá de color mostaza, la cocina poco agraciada y las ventanas de madera que chirrían.

Simon me besa en cuanto atravesamos la puerta. Me río cuando las llaves se me caen al suelo y nos movemos a trompicones hasta la habitación, que está al fondo, junto al salón. La casa está helada porque hemos olvidado encender la calefacción antes de irnos, pero cada caricia nos aleja más del frío y acabamos desnudándonos antes de caer en la cama. Simon coge la manta más gruesa para taparnos a los dos y yo vuelvo a besarlo rodeándole el cuello con los brazos. Froto mi mejilla contra la suya. Me gusta sentir el tacto de la barba incipiente. Y también la familiaridad de su cuerpo. Nunca he entendido a las personas que desprecian lo placentero que resulta encajar con un cuerpo conocido. Esa confianza. Esa intimidad que es imposible lograr con un ligue cualquiera. La sensación de calma al deslizar la mano por su espalda y comprobar que el lunar que tan bien conoces sigue justo ahí, cerca de las costillas. Y saber por su respiración jadeante que está

a punto de dejarse ir contigo. Esa noche, después de hacerlo y alcanzar juntos la cima, permanecemos abrazados en silencio.

—Todos los días deberían ser así —dice Simon.

Estoy de acuerdo, pero no lo digo en voz alta porque se me cierran los ojos. Me acurruco contra su pecho y él hunde los dedos en mi pelo porque sabe que eso me relaja. Lo hemos pasado bien. Nosotros siempre nos lo pasamos bien. En algún momento, mientras escucho el latir pausado de su corazón bajo mi oreja, me quedo dormida.

La luz se cuela por la ventana cuando abro los ojos.

Noto la presencia de Simon a mi lado y me giro hacia él, un poco sorprendida al encontrarlo aún allí. Por las mañanas es el primero en levantarse y cuando yo consigo hacerlo, el aroma a café ya llena la casa y se escucha el ruido de las cañerías porque Simon está en la ducha. Sigue ese mismo ritual los fines de semana, aunque no tenga que ir a trabajar.

Pero hoy no. Hoy Simon continúa acostado boca arriba. Me acerco a él con una sonrisa, porque me gusta la idea de poder despertarme a su lado, y lo abrazo. Pero entonces noto su piel. Fría. Su piel está fría. Me incorporo un poco. Lo miro. Tiene una expresión de calma en el rostro, como si estuviese disfrutando de un sueño agradable. Sus labios suaves entreabiertos, los ojos cerrados y el cabello rubio como la miel despeinado.

—¿Simon?

No responde. Lo zarandeo.

—¡Simon, despierta!

Tengo un nudo en la garganta. Lo cojo del brazo y, sin éxito, tiro de él como si fuese una marioneta e intentase levantarlo. Me quedo mirándolo. Su pecho no se mueve. No respira. Y un escalofrío me atraviesa, porque de repente comprendo que Simon está muerto.

ÁMSTERDAM, 2017

Jamás había meditado seriamente sobre la muerte. ¿Quién lo hace a los veintinueve años? Se supone que tienes el mundo a tus pies, un puñado razonable de tiempo por delante y tantos sueños por cumplir que no puedes perder un minuto pensando en qué ocurriría si todo se fuese al traste. Es como una idea irreal, algo un poco abstracto; como esos cuadros modernos llenos de trazos y garabatos en los que se supone que tienes que ver algo profundo, pero eres incapaz de hacerlo. En teoría, tiene sentido ir reflexionando sobre la muerte conforme vas celebrando cumpleaños. A los cincuenta empiezas a preocuparte por tus hábitos y te propones dejar de fumar. A los sesenta se te cruza algún pensamiento fugaz. A los setenta empiezas a sentir una presencia oscura a tu espalda. Y, a partir de los ochenta, has aceptado que el tiempo se te escapa de las manos. Pero, en realidad, la muerte puede aparecer en cualquier momento: un accidente de coche, un atraco a mano armada, una caída tonta limpiando los armarios altos de la cocina o un resbalón bajando las escaleras. Somos terriblemente frágiles. Cuando el servicio sanitario llegó a casa, me dijeron que, en el caso de Simon, probablemente se había tratado de «un paro cardíaco mientras dormía».

Nunca lo consideraré una posibilidad.

Nunca lo hubiese podido imaginar...

Pero hoy, día dos de febrero, estoy a punto de asistir al funeral del amor de mi vida. Faltan apenas unas horas para que lo entierren. Ahí, solo, bajo tierra. Su madre ha insistido en ello y he cedido, porque Simon nunca especificó ninguna preferencia al respecto. Si hubiese dependido de mí, lo habría incinerado y luego me habría llevado la urna con sus cenizas a casa. Nuestra casa. Y la habría colocado en algún lugar luminoso, como por ejemplo la estantería del salón. ¿O mejor sobre la cómoda? También podría haberla puesto en su mesilla de noche y de esa manera seguiríamos compartiendo el dormitorio, aunque sería un poco perturbador explicárselo a las visitas cuando viniesen a casa.

Dejo de pensarlo al escuchar el telefonillo de casa. Mis padres son los primeros en llegar y Amber viene con ellos. Me veo sepultada por varios abrazos que no soy capaz de corresponder. Mi madre se adentra en la pequeña cocina y deja sobre la encimera las dos bolsas que lleva en la mano. Empieza a sacar fiambreras de forma compulsiva y a meterlas en la nevera, que está casi vacía. Viste un abrigo largo de color verde botella que tiene varias décadas, lo sé porque de pequeña me encantaba acariciar con los dedos el relieve de los botones dorados que ahora se está desabrochando.

—Cariño, seguro que no has comido nada estos últimos días. Te he traído puré de guisantes, ternera con salsa, caldo de verduras, patatas al horno y bizcocho casero de limón.

—Gracias, mamá.

—¿Te apetece picar algo ahora?

—No.

Regreso al salón y me dejo caer en el sofá. Vuelvo a mirar la estantería y pienso en lo bien que quedaría ahí la urna, junto a sus libros. A Simon le encantaba leer poesía y clásicos de aventuras de Julio Verne, Jack London, Robert Louis Stevenson o Daniel Defoe.

Mi hermana se sienta a mi lado mientras escucho a mis padres cuchicheando en la cocina. Amber fue la primera persona a la que llamé cuando ocurrió, aunque todavía no sé por qué. Podría haber telefoneado a mi mejor amiga. O a Koen, a pesar de que sabía que no estaba en la ciudad. Pero la busqué a ella. Y puede que no tengamos mucho que ver la una con la otra, pero canceló todos los eventos que tenía en la agenda y ha estado desde entonces a mi lado para ayudarme a organizarlo todo. Y con «todo» me refiero al funeral de mi marido: elegir la lápida y la inscripción, las flores, la música, avisar a familiares y amigos...

Cuando mis padres aparecen en el salón, lo hacen con una cafetera, leche caliente y cuatro tazas. Yo rechazo la mía. Apenas me he llevado nada a la boca en las últimas horas, pero tengo el estómago revuelto. Mi madre sirve a los demás y luego suspira.

—¿Ya está todo listo? ¿Qué hora es?

—Las nueve —contesta Amber.

Dentro de dos horas, el mundo se despedirá de Simon. El mismo Simon que iba a ser el padre de mis hijos. Simon, con el que me casé el día menos pensado. Simon, el chico de los ojos cálidos y la sonrisa más bonita que he visto en toda mi vida.

Mi Simon.

—Cariño...

Mi madre me coge de la mano, pero la aparto junto al resto de los recuerdos que se empeñan en llenarlo todo. No puedo dejarlos pasar. Sencillamente, no puedo. Cada vez que uno me atraviesa, siento que me ahogo como si alguien acabase de darme un golpe seco en el pecho. Así que me aferro al vacío. En el vacío todo es diáfano y no hay hueco para el dolor, la tristeza o la amargura. El vacío es la nada. Una ausencia latente. Y me encuentro justo ahí: en medio de ese espacio en blanco aséptico y carente de vida.

—He olvidado preguntar si habrá botellitas de agua en el tanatorio.

—¿Qué? —Mi madre parece preocupada.

—Botellitas de agua. Lo puse en la lista.

—¿De qué lista hablas?

—La lista del funeral de Simon. En una situación así, pensé que sería agradable para la gente tener agua a mano. Creo que es importante hidratarse.

Mis padres y mi hermana intercambian una mirada.

—¿Seguro que estás bien, cariño?

—Sí. —Cojo mi móvil—. Muy bien.

—¿Me dejas ver esa lista, por favor?

Todavía distraída por el asunto del agua, la busco entre el montón de papeles que hay sobre la mesa auxiliar del salón y se la enseño. Ella frunce el ceño antes de empezar a leerla en voz alta, cosa del todo innecesaria puesto que me la sé de memoria.

FUNERAL DE SIMON

1. Conseguir acta de defunción.
2. Escribir obituario.
3. Avisar a familiares y amigos.
4. Pensar frase para la lápida.
5. Flores (¿lirios o gladiolos?).
6. Elegir el ataúd.
7. Música.
8. Contratar cóctel.
9. Decirle adiós a mi marido.

—Podríamos haberte ayudado si nos hubieses dejado, cariño —dice mi madre doblando el papel y devolviéndomelo—. No tienes que hacerlo todo tú sola.

—Será mejor que me acostumbre ahora que Simon ya no está.

—Yo podría quedarme unos días aquí contigo.

—No es necesario.

—Pero...

—Deberíamos ir saliendo.

—Aún falta bastante.

—Es mejor ir con antelación.

Noto que me tiemblan un poco las piernas mientras busco mi bolso. Luego me miro en el espejo de la entrada y compruebo que todo esté en orden. Llevo unas medias finas y oscuras, un vestido negro y tacones del mismo color. Me he recogido el pelo en una coleta apretada y me he maquillado. Si no fuese de buena mañana, cualquiera podría pensar que estoy a punto de salir a cenar con unas amigas. Pero no. Voy al funeral de mi marido. Me lo repito una vez más. Quizá si lo hago unas mil veces empiece a creérmelo.

De camino allí, sentada en el taxi, pienso en lo ajena que me resulta la idea. Tengo la extraña sensación de estar dentro de una película o de que esto le está ocurriendo a otra persona, a esa prima lejana que no veo desde la infancia o a cualquiera de las vecinas con las que me cruzo alguna vez. Por un momento, me convengo de que, cuando todo termine, regresaré a casa, me quitaré los zapatos y me acercaré al sofá para dejarme caer en el regazo de Simon. Lo abrazaré y él apartará la mirada de la televisión y me sonreirá.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntará.

Yo negaré con la cabeza y hundiré los dedos en su pelo.

—¿Bien? Vengo de un funeral, Simon. Te lo dije anoche. Nunca recuerdas las cosas que te digo. Pero no importa, ya estoy aquí. ¿Cenamos?

—¿Fajitas o *pizza*?

Y ese será mi gran dilema, elegir de qué prefiero atiborrar-

me junto a mi maravilloso marido mientras vemos cualquier cosa en la televisión o charlamos sobre el día.

Solo que eso no va a pasar.

Mi hermana busca mi mirada cuando nos acercamos al final del recorrido. Me fijo en sus uñas negras con purpurina, y en los pantalones y en el suéter del mismo color. Aprecio que no se haya puesto esas altísimas botas con plataforma que suele llevar, sino algo más apropiado para la ocasión. Amber tiene nueve tatuajes, tres *piercings* y tendencia a vestir de la forma más estrafalaria posible. Pese a ello (o, mejor dicho, por ello), la siguen más de seiscientos mil personas en Instagram. Es decir, que es una *influencer*. A pesar de sus muchas explicaciones, sigo sin saber qué significa exactamente eso, pero lo que está claro es que vive de ello y que a la gente le gustan sus peculiaridades y rarezas.

Cuando entramos en el edificio empiezo a marearme.

La familia de Simon no tarda en llegar. Su madre, Victoria, me abraza como si hiciese meses que no nos vemos, a pesar de que estuvimos juntas hace dos días. Han venido tíos, sobrinos, sus hermanos y hasta unos vecinos de sus padres. No mucho después, aparecen antiguos amigos de la universidad e Isaäk se acerca para darme un beso en la mejilla; está pálido y triste, algo tan inusual en él que me cuesta reconocerlo. También han venido compañeros del instituto donde Simon trabajaba dando clases. Y cuando comienzo a sentirme agobiada en aquel lugar, veo a Ellen entrando por la puerta principal. Parece un tanto alterada mientras me busca con la mirada; cuando me ve, corre hacia mí y me abraza.

—Oh, Sophie. —Nos mecemos en silencio—. Pensaba que no conseguiría llegar a tiempo. Ese maldito taxista iba tan despacio que he estado a punto de darle un empujón y robarle el jodido coche. Pero, dime, ¿cómo estás? Mierda, menuda pregunta. Ignórame.

Hemos hablado por teléfono todos los días, aunque tan solo era capaz de responder con monosílabos y ella se encargaba de alargar la charla, pero tenerla delante es justo lo que necesito. Puede que Simon fuese los cimientos de mi vida, esa base sólida sobre la que fui levantando paredes durante los últimos años, pero Ellen siempre ha sido uno de los pilares indispensables. Apenas ha cambiado desde que nos conocimos hace once años. Sigue llevando una media melena rubia por los hombros, los ojos perfilados en negro, un montón de pulseras tintineando en su muñeca y los labios pintados de un rojo intenso. Destila fuerza. Es como ver de repente un bote salvavidas tras un naufragio.

—Deberíamos entrar... —le digo.

La mayoría de los invitados ya están en la sala donde va a celebrarse la ceremonia. Por un instante, pienso que ojalá los funerales fueran como en otros países, cortos y sencillos. Pero no. Me esperan al menos cuatro horas por delante recordando a Simon. Y en este momento no me importa lo cruel que parezca, pero no quiero (no puedo) pensar en él. Necesito seguir siendo la chica que asiste a un entierro y que cuando regrese a su casa se encontrará a su marido sentado en el sofá mostaza del salón viendo la televisión.

—¿Dónde está Koen? —pregunta Ellen.

—Creo que no va a poder venir. Me mandó un mensaje ayer para decirme que cancelaron su vuelo por culpa del temporal que hay en Nueva York. Estaba allí por trabajo.

—Pero no es posible...

—Lo sé —la corto.

La idea de que el mejor amigo de Simon no esté en su funeral me encoge el corazón, pero hago un esfuerzo por mantenerme serena. Ellen me coge del brazo y entramos juntas en la sala. Hay un pequeño grupo de compañeros de Simon hablando al fondo, de pie, pero el resto de los invitados ya están sen-

tados y a la espera de que comience la ceremonia. Yo me acomodo entre Ellen y mi hermana, cerca de mi suegra. No sé cuánto tiempo pasa exactamente, pero todo el mundo se silencia cuando de repente suenan las primeras notas de una canción. Una canción que conozco bien porque la escribió Simon. Y la escribió para mí.

La voz rasgada de Koen sale por los altavoces, se desliza por el suelo, trepa por las paredes y se queda suspendida en el aire. Y por un instante, siento que es como si estuviese aquí mismo, en el funeral de su amigo. Si cierro los ojos, casi me entran ganas de sonreír al verlos al fondo de cualquier taberna en donde estuviesen dispuestos a dejar tocar a un grupo de amigos a cambio de cervezas gratis. De todas las canciones que compusieron durante esos años, *Las alas de Sophie* era mi favorita. Ellen me aprieta la mano con tanta fuerza que me giro hacia ella y entonces veo que está llorando en silencio. Sacude la cabeza, me suelta para abrir su bolso y saca un paquete de pañuelos. Cuando le tiende uno a mi hermana y otro a mí, me doy cuenta de que todavía no he derramado ni una sola lágrima.

Estoy vacía. Dolorosamente seca.

Botellitas de agua. ¿Dónde están?

—¿Tienes sed? Les pedí que sirviesen agua a los invitados, pero está visto que aquí la profesionalidad brilla por su ausencia —le digo a Ellen, que me mira como si acabase de salirme un cuerno de unicornio en la frente—. Espera, iré a preguntar.

Antes de que pueda levantarme, me coge del brazo:

—Es el funeral de Simon —puntualiza cada palabra.

Así que me quedo donde estoy, tensa e inmóvil durante toda la ceremonia como si fuese el típico árbol de aderezo en una obra teatral. Estoy ahí, sobre el escenario, pero en realidad no participo en la obra. Permanezco sentada mientras se suceden horas de música, condolencias y discursos llenos de anécdotas. Varios amigos y familiares de Simon suben al altar para